

MI ABUELO ES UN MUNDO

MINERO

Título: Mi abuelo es un mundo

Seudónimo: Minero

Mi abuelo Andrés es un mundo. Enseña lo que sabe sin considerarse maestro de nadie. Tiene una personalidad en la que se mezclan pasión y fuerza con un discreto tinte de ternura. Fotógrafo de profesión, ha sido reportero de guerra, y con frecuencia me habla de su vida, de sus fotos, tipos de cámaras, zooms, tomas, panorámicas. Hace tiempo lo noto cansado, algo fatigado; de cuando en cuando me recuerda que a él lo trajo su madre en Diciembre y sabe que cualquier mes se borrará su historia. Sin embargo aún cree en el amor, aún desea vivir sus recuerdos, fabricar nuevos sueños. Hace pocos días me lo demostró contándome la historia de algunas fotografías que guarda en su álbum preferido.

La primera fotografía que me enseñó era el primer plano de una chica joven, casi una niña, rubia, luciendo amplia sonrisa y esa mirada lánguida de las fotos antiguas. Mi abuelo la miró en silencio y creí ver un fino temblor en sus labios cuando me dijo:

” Es tu abuela Laura. Mi mujer. En ese tiempo me regaló el sabor del fuego, la luz de su mirada, el calor de su piel nacarada. La ilusión comenzaba para los dos. A veces, en la noche, abríamos los sentidos a su himno de sombras, oíamos el parloteo de la lluvia tamborileando el suelo y sentíamos de nuevo el raro aroma de nuestra infancia, aquella libertad sin dudas que parecía tener un leve barniz de eterno. Encontramos refugio en la hermosa soledad compartida, y nuestras sombras se confundían con el íntimo deseo de ser uno solo. Ahora, solo siento el frío de mi cuerpo, vivo en el extrarradio de mi sombra y el viento me murmura su repertorio de nostalgias, a ráfagas, sin ritmo, soldando una cadena de recuerdos”. Laura, mi abuela, murió a los pocos años de casarse con mi abuelo Andrés.

La segunda fotografía, estaba hecha en el Congo y mostraba un grupo numeroso de niños empuñando fusiles y machetes. Al pié de la foto se podía leer: “Los niños de la guerra”... Se la quedó mirando un rato y por fin me dijo:

“Esta foto casi me cuesta la vida. Los jefes, después de amenazarme con la muerte, se calmaron cuando les ofrecí mi reloj y una medalla de oro que llevaba al cuello desde mi primera comunión. Aquel grupo de niños enloquecidos tenía miedo, y cada uno de ellos

miraba de soslayo a los jefes esperando no encender su cólera. Envolví sus miradas y sus bocas abiertas en éste fotograma de silencio, mientras gritaban consignas aprendidas en los campamentos de guerra. Llegué a hablar con uno de aquellos niños, después de darle una chocolatina, y al preguntarle por qué estaba allí me dijo con un francés rudimentario, que su madre había muerto y sus hermanos estaban en otros grupos. De sus hermanas no sabía nada y su padre los abandonó hacía tiempo. En su cuadrilla no pasaba hambre, tenía derecho a fumarse un porro y a luchar para defender a su país de no se sabe qué peligro. Ese niño no tenía más de diez años. También oí decir a un cacique del lugar que aquellos niños pronto volverían a sus casas con un libro en la mano y una sonrisa al aire, equipados con la palabra, olvidadas las sombras del pasado. Pero nunca lo creí. Me pareció un discurso falso. Ya ves, hoy por hoy todo sigue igual, en la falsa calma de un reticente, hipócrita silencio. A estas alturas de mi vida solo me sirve el calor del que mira por grietas y desconchones del alma y siente como propias aquellas sombras, aquellos extravíos”.

Miré el reloj. Sin darme cuenta iba pasando la tarde, y mi abuelo parecía resuelto a contarme la historia de otra fotografía. Mientras la buscaba, tuve la rara sensación de estar mirando siempre a otro lado, de estar muy alejado de esos problemas. A menudo creo que mis días se han hecho demasiado fáciles, de repetida costumbre. Me di cuenta del vacío que genera el “nada pasa”, y el “da igual”, que nos fijan al reino de los hábitos, esos que eliminan sueños y traen aburrimiento. En aquellos momentos me sentí viajero sin billete, halcón sin alas, sin cielo, sentado en la cómoda quietud de la rutina.

Mientras el sol se iba perdiendo, mi abuelo me enseñó una fotografía de tres cruces plateadas encima de una biblia de bolsillo. Era una composición preparada por él, con difuminado y efectos técnicos que le daban un aire misterioso. Me quedé algo extrañado, porque mi abuelo Andrés nunca había sido muy religioso. Al verme confuso, sonrió y me contó una anécdota curiosa de su vida: “Nunca he sido practicante como católico. Las misas del domingo me parecían más una rutina que una autentica oración. Además, he tenido dudas sobre muchas cosas que me decían en el catecismo. Siempre he temido a la muerte, con su aliento de Hidra, llegando a contraviento, ofreciendo una paz que nadie quiere. Hace tiempo mi fe estuvo deshabitada, perdida la cosecha de esperanza y mi vida parecía tan frágil como una porcelana colgada en percha de dudas. Pero un día me encontré una de estas cruces, en la puerta del colegio de tu padre; no parecía de mucho valor y me la quedé. Hace un año, me encontré otra en la puerta de

nuestra casa y nadie la echó de menos en mi entorno. Por último, me encontré una tercera cruz a la salida de un hotel, hará unos meses, cuando estuvimos de vacaciones. Todo esto me ha hecho pensar no sé muy bien qué, pero algo se ha movido en mi conciencia, y como sé que me quieres y sabes que no estoy loco, te diré lo que me gustaría hacer: querría comprar un día al tiempo, un día sin mitos ni misterios, ese raro día que inventa amor y se adhiere a Dios aunque no entienda su silencio. Sería un día sin espera, ese día perfecto para subir por los hilos del universo y ver las manos que gobiernan su movimiento”.

Sí. Mi abuelo es un mundo amplio y generoso, algo así como un árbol milenario de madera noble y corteza recia. Al acabar de contarme la historia de aquellas fotografías, abrí una botella de cava y brindé con él a la salud de nuestras penas, de las despiadadas quimeras. Brindamos por tantos rumores ciertos, por las personas que nadie espera, por los Faustos desencantados, por los mendigos que mueren en invierno, por las niñas sin primavera, perdida su pureza en laberintos de dinero. Brindamos también por la sucia humedad de la pobreza, por los marginados, esas personas grises, invisibles al resto. Fueron sus sombras, sus helados perfiles, los que brindaron con nosotros dos, en aquel atardecer de otoño. Mi abuelo Andrés padece una grave enfermedad, pero nunca habla de ella. Sí me dice que le falta tiempo, que si pudiera mendigaría días, o se compraría un reloj extraño, sin horas, para no ver esas fechas que se acodan pacientes, a la espera, en el balcón de su corazón viejo.

Era de noche cuando salí a dar una vuelta. Dejé a mi abuelo repasando el álbum de fotos, inmerso en sus recuerdos. Comprendo que el tiempo es una escombrera de palabras y sentimientos, un préstamo de frío diseño que al final se paga; pero mi abuelo me enseña, ¡todavía!, a pensar que las estrellas no se alejan del todo, que su trémulo fulgor siempre deja huellas de vida y esperanza. Que lo que importa de veras es sembrar amor, alzar la vida al vuelo con ilusión y anunciar la derrota de lo negro, de lo inútil, del tiempo. Hay que librarse de la indiferencia, de la rutina que acomoda nuestras vidas y se olvida de los que viven en la penumbra. Viendo la emoción de mi abuelo Andrés cuando me hablaba de sus fotos, llegué a comprender la magia que para él encierra su mundo de imágenes y recuerdos. También comprobé aquello que me repetía con frecuencia: “Quien bien ama, disfruta más dando que recibiendo”.